

CREYENTES INCRÉDULOS

8

Cualquier día algún alma sencilla tomará el Libro de Dios, la Biblia, la leerá y la creará; y todos nos sentiremos apurados. Hemos adoptado la cómoda teoría de que la Biblia es un libro para ser explicado, cuando es, ante todo y en primer lugar, un libro para ser creído (y después obedecido).

Martillea en estos días por mi cerebro la idea de que hay una enorme diferencia entre conocer la Palabra de Dios y conocer al Dios de la Palabra. ¿No es verdad que en las Conferencias Bíblicas no hacemos más que oír la repetición de cosas que nos sabemos de memoria y salimos sin ningún crecimiento en la fe? Quizá Dios no ha tenido jamás, en el mundo, un grupo tan numeroso de creyentes incrédulos como el que tiene en estos días. ¡Qué vergüenza!

Estamos hipnotizados por la riqueza espiritual. Sentimos inquietudes espirituales, sí; pero son parecidas a las que quizá siente un pobre marinero cargado de deudas, al pasar por encima del «Lusitania» cargado de millones que podrían ser suyos. La única dificultad es la barrera de una o dos millas de agua. Sin embargo, la Biblia, el libro de los cheques del Señor de la gloria, continúa diciendo: «Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.»

Apenas nunca asistimos a una reunión de oración sin que oigamos: «Señor, Tú puedes hacer esto», al exponer alguna necesidad particular. Pero ¿es esto fe? No; es tan solamente un reconocimiento del atributo de Dios llamado Omnipotencia. Yo creo que el Dios vivo, inmutable y omnipotente Señor de la gloria puede cambiar en oro macizo esta mesa de madera en que estoy escribiendo. Cambiar el agua en vino o la madera en metal son cosas que están dentro del dominio de su poder. Pero Jesús cambió el agua en vino para *suplir una necesidad*. Claro está que necesidades siempre las hay. Yo podría gastar un millón de pesetas (sin un céntimo para mí) de tal forma que no me hiciera avergonzar en el día del juicio, y aún quedarían necesidades. Decir que Dios puede transformar en oro esta mesa de madera no cambia la madera en oro. Fe es creer que Dios hará lo que le pedimos, sea lo que sea.

Todos sabemos que la fe es una de las tres virtudes cardinales (fe, esperanza y amor); la mayor de las tres no es la fe, sino el amor; pero ¿debemos por ello olvidarla? El caso es que aquellos que ponen el énfasis en el amor tampoco poseen dicha virtud del modo debido, pues se necesita fe para tener amor en un mundo como el que vivimos. ¿Y dónde está la fe en nuestros días? Una frase muy común es: «Sabemos que el Señor puede aumentar diez veces nuestro programa de radio y estamos mirando a El para suplir nuestras necesidades: "Envíen sus cartas esta misma semana".» Esto puede ser fe y propaganda, pero no es fe en Dios solamente. Nos gusta citar: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta» (tremenda promesa); pero ¿lo creemos realmente?

Sin disminuir su valor, creo que se podría poner un apéndice al cap. 11 de Hebreos añadiendo los nombres de hombres como Hudson Taylor,

George Muller, Rees Howells y otros que «por fe» hicieron grandes cosas.

Pero en esta hora difícil estoy cansado de oír hablar de la riqueza de nuestro resucitado Señor y constatar la pobreza de los creyentes. Dios honra, no la sabiduría ni la personalidad, sino la fe. Dios va donde va la fe, y la fe va donde está Dios. La fe localiza a Dios, en un sentido que creo comprenderéis. La fe une nuestra impotencia a su Omnipotencia.

El mundo científico ha traspasado la barrera del sonido, y el mundo pecador que nos rodea pretende que la cultura moderna ha roto la barrera del pecado, ¡Ojalá que, andando en una fe sencilla y simple, rompiéramos la barrera del pecado! La duda retrasa y a menudo destruye la fe. Pero la fe destruye la duda. El libro de Dios no dice: «Si puedes explicar bien la Escritura, todas las cosas son posibles a quien entiende la Biblia.» Dios es un Ser que no podrá jamás ser explicado en el presenté; y pienso que no lo comprenderemos ni en la eternidad. Pero el Libro inmutable del cual El es el autor dice: «Si puedes creer, TODAS LAS COSAS (pensémoslo bien) son posibles al que cree.»

A veces oímos decir a personas que han fallado en obtener un codiciado empleo: «En este mundo, no es lo que conoces lo que te vale, sino a *quien conoces*». La influencia es más que el saber. No pretendo decir hasta qué punto es esto una verdad en el mundo de los negocios; pero estoy absolutamente seguro de su certeza en el reino espiritual. Lo que sabemos acerca de Dios en estos días, ha producido grandes hileras de libros que llenan nuestras bibliotecas (al decir esto no desdeñamos la cultura y, sobre todo, la sabiduría que viene de arriba); pero una cosa es conocer acerca de una persona y otra es conocerla a ella. Pablo, no teniendo nada, lo poseía todo. ¡Sublime paradoja! ¡Bendita pobreza! Este buen hombre estaba cargado espiritualmente. El edificar el Reino de Cristo y el escribir los oráculos de Dios nunca le envaneció. A pesar de su incomparable éxito le hallamos al fin de su vida suspirando por más: «A fin de conocerle —dice— y el poder de su resurrección y la comunión en sus sufrimientos, hecho conforme a su muerte.»

El mayor impedimento para poder traducir los creyentes las promesas de Dios en hechos reales ante la vista de los hombres es esta malhadada cosa: el «yo», que fue destronado, y más aún, «crucificado con Cristo» (Gala-tas 2:20). Entonces Cristo fue puesto en el trono de tu vida. Y antes de poder ser limpiados y listos para que Cristo controle nuestro egoísmo, nuestro orgullo, nuestro propio interés, nuestra autocomplacencia, nuestra propia justicia, nuestra autosuficiencia, y todo lo demás, es necesario que el «yo» muera enteramente. Poco importa lo que uno es ante los hombres, ni lo que sabe, sino lo que es ante los ojos inescrutables de Dios. Si desagradamos a Dios, ¿qué importa agradar a otros? Una cosa es lo que somos y otra lo que podemos ser en unión de Cristo. Yo estoy muy poco satisfecho de mí mismo. Hermano lector, si tú has llegado —como dice Pablo—, ten piedad de este hermano débil y ora por mí.

Hay una fe justa, natural, intelectual y lógica, y hay una fe exclusivamente espiritual. ¿Qué vale predicar la Palabra si al presentarla no hay fe iluminadora para hacerla vivir? «La letra mata.» ¿Juntaremos muerte a la muerte? El más grande benefactor de esta generación será alguna persona que con su firme —aunque mal considerada— fe evangélica atraiga el poder del Señor. Per manece la promesa: «El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y hará hazañas.» Si alguno de nosotros conoce verdaderamente a Dios, ¡prepárate, Lucifer!

Hasta que el liderazgo espiritual no esté ocupado otra vez por hombres que se anulen a sí mismos, tenemos que esperar una determinación progresiva en la calidad del cristianismo popular, año tras año, hasta que llegemos al punto en que el Espíritu Santo, contristado, se separe totalmente —como la «Shequináh» se ausentó del templo judío.

Dr. A. W. Tozer

Ningún hombre es plenamente aceptado hasta que ha sido primero enteramente rechazado.

Autor desconocido.

¡Ninguna gloria para mí!..., ininguna!, excepto en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cuál el mundo ha sido crucificado en cuanto a mí, y yo he sido crucificado para el mundo.

Gálatas 6:14 (Versión de Moffat)

Si tuviera mil cabezas preferiría que me las cortaran todas antes que retractarme.

Lutero ante la Dieta de Worms

No temo la tiranía de los hombres ni nada de lo que el diablo pueda inventar contra mí.

Juan Knox en Una carta piadosa

El interés de la Verdad es no abandonarla aunque nos cueste el sacrificio de nuestras vidas, pues nosotros vivimos, no para esta edad ni para los príncipes de este mundo, sino para el Señor.

Zwinglio